

JAVIER MENÉNDEZ FLORES

Extremoduro
DE PROFUNDIS

LA HISTORIA AUTORIZADA

booket

JAVIER MENÉNDEZ FLORES

Extremoduro
DE PROFUNDIS

LA HISTORIA AUTORIZADA
EDICIÓN REVISADA Y ACTUALIZADA

LIBROS CÚPULA



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Javier Menéndez Flores, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del *copyright* de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregirá en futuras ediciones de este libro.

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 18.423-2025

ISBN: 978-84-480-4533-3

Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo a la reedición	11
----------------------------------	----

I. LA CREACIÓN SEGÚN EXTREMODOURO

Rock transgresivo: rock, sí, pero otra cosa	17
Satán con lira: la exquisitez de la bestia	25
El amor y sus reversos, el individuo ante el mundo y las drogas como forma de evasión: he ahí los fundamentos de la lírica robeana	39
Y la carne se hizo verbo: la carga autobiográfica en sus canciones	63
En busca de la canción más hermosa del mundo	73
Todo lo que Robe escuchó, todo lo que robó, todo lo que quedó: las influencias	77
El arsenal sonoro de Uoho	97
Las deudas poéticas y algunos versos sueltos	103
Hijos no reconocidos: una fuente llamada Extremoduro . . .	121

II. LOS ORÍGENES

Raíces profundas: Plasencia, no me trates así	135
Primeros rugidos: Dosis Letal, tanteando el terreno	157

III. EXTREMODURO: *DE PROFUNDIS*.

LA HISTORIA DEL GRUPO A TRAVÉS DE SUS DISCOS

Atrio	165
<i>Rock transgresivo y Somos unos animales: la Edad de piedra</i> . .	167
<i>Deltoya: más sabios, aún jóvenes</i>	199
<i>Pedrá: un lúcido paréntesis</i>	217
<i>¿Dónde están mis amigos?: tiempos difíciles</i>	231
<i>Agila: de la corona de espinas a la de laureles</i>	259
<i>Canciones prohibidas: la solidez (la sordidez)</i>	285
<i>Yo, minoría absoluta: el brillo</i>	313
<i>La ley innata: la excelencia era esto</i>	339
<i>Material defectuoso: distintas texturas, las mismas heridas</i>	367
<i>Para todos los públicos: los puntos suspensivos que acabaron en punto final</i>	397
<i>Coda: los que se fueron</i>	423

IV. RECOPIACIONES CON VOLUNTAD DE DISCOS NUEVOS

<i>Iros todos a tomar por culo: directísimo</i>	427
<i>Grandes éxitos y fracasos y Gira 2002:</i> lo de antes, pero mejor	435

Extremoduro en el cine y las distintas colaboraciones de Robe e Iñaki en otros discos	445
--	-----

V. EL ESLABÓN PERDIDO

Extrechinato y Tú: el arte de musicalizar la voz del hombre libre	453
--	-----

VI. ROBERTO INIESTA: DE LA POESÍA A LA PROSA

<i>El viaje íntimo de la locura:</i> debajo de los adoquines está la playa	467
---	-----

VII. ESTRAMBOTE: SALIÉNDONOS DE LA PARTITURA

Más allá de la música permanece la palabra	479
--	-----

VIII. EL CANTO DEL BUITRE: ADIÓS, EXTREMO, ADIÓS

Razones para un adiós inconcluso: la gira imposible	504
---	-----

IX. ROBE EN SOLITARIO

<i>Lo que aletea en nuestras cabezas</i>	528
Entrevista (<i>El Mundo</i>)	535
Su segunda criatura en solitario	540

<i>Destrozares. Canciones para el final de los tiempos</i>	542
Entrevista (<i>El Mundo</i>)	549
Robe en imágenes	557
<i>Bienvenidos al temporal</i>	558
Entrevista (<i>El Mundo</i>)	560
<i>Mayéutica</i>	564

X. IÑAKI: INCONSCIENTES / UOHO

<i>Quimeras y otras realidades</i>	569
Entrevista (<i>El Mundo</i>)	573
<i>No somos viento</i>	581
Entrevista (<i>El Mundo</i>)	585
Uoho	588

Unas palabras de Robe e Iñaki sobre este libro	591
Bibliografía y prensa consultadas	593

ROCK TRANSGRESIVO: ROCK, SÍ, PERO OTRA COSA

Cuando Roberto Iniesta bautizó el tipo de música que Extremoduro hacía como «rock transgresivo» no solo estaba mandando un mensaje inequívoco acerca de su intención de alejarse por completo de todo lo que se cocinaba en el resto del país, sino que la autoasignada etiqueta trataba de explicar un modo hasta entonces inédito de entender y concebir la música: ojo, prestad mucha atención porque esto que traemos es rock, sí, pero *otra cosa*.

Para aclarar en qué consistía eso de «transgresivo», Robe se resistía a gastar saliva y apelaba sin más a la etérea mercancía que despachaban —sus canciones— y al significado estricto del término: «Buscad *transgredir* en el diccionario y sabréis lo que quiere decir», sentenciaba.

Pues bien, transgredir es infringir, quebrantar, violar. Y en este caso, la transgresión perseguía el doble propósito ya expresado: abandonar la senda del rock imperante —ellos no eran Héroes del Silencio ni Loquillo y Trogloditas ni Siniestro Total, no; ni siquiera, pese a ciertas similitudes, Barricada o Rosendo— y aportar un sonido diferente, menos encorsetado, y, sobre todo, unas letras que no se asemejaban a nada de lo que se escribía entonces —y aún hoy—, y las cuales estaban compuestas a partes iguales de poesía y nitroglicerina, o viceversa.

Extremoduro anticipaba, en fin, ese milagro que es una voz nueva, propia, y que, en contra de lo que su legión de imitadores

cree, sigue siendo tan intransferible como el primer día. Tanto como los recuerdos de la infancia o los estigmas que un varapalo emocional deja en el alma.

Es muy revelador que al reeditar en 1994, corregido y aumentado, su disco de debut, *Tú en tu casa, nosotros en la hoguera*, el título que le estamparon fuera el de su primera maqueta, *Rock transgresivo*. Lo que significaba que, siete años después del nacimiento del grupo, aquella seguía siendo una denominación de origen con la que se sentían del todo identificados, y que gozaba de plena vigencia.¹

No se trataba de una cuestión de soberbia: aquella falta de acomodo era patente —«la música que sonaba cuando empezábamos era bastante moña, no había nada parecido a nosotros», declaró con el tiempo Robe— y, pese a las ineludibles influencias recibidas, el motor que tiraba de ellos era el deseo de ser originales, ellos mismos, y cuanto más, mejor.

De entrada, la estructura de las canciones de Extremoduro se negaba a someterse a la fórmula tradicional, la cual incide en una machacona reiteración de estrofas y estribillos, aliviada levemente por un puente musical y rematada, en el mejor de los casos, por una coda.

A lo largo del desarrollo de la mayor parte de sus temas, estos van tomando diversos derroteros: sin previo aviso, frenan en seco y cambian de dirección; suben como una flecha, bajan en picado, hacen trompos. Y lo mismo vuelven al punto en el que se produjo la ruptura que tiran para otro lado y, al cabo de un rato, allí mueren. Son, pues, imprevisibles, y están vivísimos. Ya que, más allá de lo que en ellos se cuenta —que puede cautivar u horrorizar, pero jamás dejar indiferente—, desde que arrancan hasta que concluyen se tiene la sensación de entrar en un mundo sonoro en el que *suceden* muchas cosas. Esto hace que escuchar a Extremoduro por vez primera sea algo similar a cuando de niño te subías

1. Ocho años más tarde, en marzo de 2002, en el acto de presentación del disco *Yo, minoría absoluta*, Robe advirtió: «Somos un grupo de rock transgresivo y lo que nos gusta es transgredir». Dejaba claro así, para quien lo dudara, que aquella denominación era mucho más que un simple golpe de efecto que utilizó, con gran habilidad, al principio de su carrera: era toda una filosofía musical, y continuaba viva.

a una montaña rusa: un viaje frenético y estupefaciente. Una experiencia adictiva e inolvidable.

Esos cambios de ritmo pueden exasperar a los que prefieren la mansedumbre pop del dos más dos y la eme con la a y se niegan a complicarse la vida prestando demasiada atención a lo que sueña, o a quienes consumen tan solo las canciones creadas o adaptadas para el perfecto encaje en las radiofórmulas, algo que a este grupo jamás le quitó el sueño. O quizá sí, pero muy al principio, en su prehistoria. Aunque, dichosos ellos, no lo necesitaron para hacer llegar su discurso a un público mayoritario. Pues por fortuna había otra mucha gente hastiada del más de lo mismo y ávida de un sonido distinto, y gracias a ello la audaz apuesta de Extremoduro, de Robe, terminó por encontrar su recompensa y se impuso.

Basta con escuchar «Decidí», «Romperás» o «La hoguera», todas ellas contenidas en su ópera prima, para entender la novedad que constituían sus canciones en los agónicos años ochenta. Por no hablar ya del zarpazo que era, que sigue siendo, «Jesucristo García», que al escucharla te decías, entre perplejo y excitado: «Pero... ¿jeste qué es?!».

Desde el principio, Extremoduro fusionó rock duro de trazas melódicas con —y quizá sin saberlo— una muy particular lectura de la canción de autor. O lo que es lo mismo, la pócima mágica que sustentaba aquel «rock transgresivo» estaba hecha a base de caña de la buena y una lírica emocionante, de gran calibre («*Tu cintura, qué hermosura, / todo el día me paso en ella. / Tu cabeza, qué tristeza, / cómo quieres que sepa dónde está*», «Romperás»), mezclada con un lenguaje directo y muchas veces soez («*Hizo el mundo en siete días, / Extramaydura el octavo, / a ver qué coños salía, / y ese día no había jiñado*», «Extramaydura») que lo mismo retrataba la sordidez y el lumpen («*Tu corazón, / mitad de coca y de caballo. / Como te atrevas a decir / que estás de mono, te machaco*», «Tu corazón») que la soledad homicida («*Me acuerdo de sus caricias / y la memoria me engaña. / Me se² come la desidia / y me cuelgan las arañas. / Voy a*

2. El «me se» es un solecismo que Roberto Iniesta empleó adrede en más de una ocasión. Pues si hay que traicionar al diccionario en aras de una mayor efectividad,

empaparme en gasolina una vez más. / Voy a rasparme a ver si prendo», «Quemando tus recuerdos»).

La mayor parte de las canciones de Extremoduro son píldoras para soñar en un entorno de pesadilla. Como las buenas películas de terror, que son pocas, dan miedo, pero no hay forma de que apartes los ojos de la pantalla.

En sus albores esas canciones fueron definidas por su creador, Roberto Iniesta, como «de amor y de guerra», una manera inusual y fascinante de referirse a la propia obra. Y esa leyenda de resonancias épicas, en donde él vendría a ser una suerte de héroe sufriente, o tal vez sería más acertado decir antihéroe, se me antoja el perfecto subtítulo para su esencia transgresiva.

Esa epopeya tan del gusto de Robe recorre la columna vertebral del cancionero de Extremoduro y llega hasta el último de sus trabajos, *Para todos los públicos*, donde en la canción «Locura transitoria» —la locura está de igual modo presente en sus letras con una insistencia desconcertante— nos regala un verso definitorio y, quizá, autobiográfico: «*Siempre soy yo mi guerra*». Pero aún hay más épica en los últimos versos de la canción que cierra ese disco postrero, «El camino de las utopías», algo —ese canto de cisne teatral— que cuesta atribuir al simple azar:

*Estoy... buscando una respuesta
que lleva el viento
y voy... detrás de todas las tormentas
y no la encuentro y voy...
detrás de todas las tormentas
por si la encuentro y voy...*

adelante con ello. Es como cuando en la rueda de prensa que ofrecieron para presentar el disco en directo *Iros todos a tomar por culo*, Robe reconoció saber que lo correcto era «Idos», pero que nadie utilizaba esa forma del imperativo y que, por lo tanto, él tampoco iba a hacerlo, y no le faltaba razón. E incluso añadió, para reforzar esa decisión, que un amigo, se entiende que poeta, le había dicho que podía escribir como quisiera, siempre y cuando se entendiera lo que quería decir. Esto segundo ya sería más discutible, pero tratándose de Robe, bien, vale.

Tan arriesgada apuesta artística, léase «rock transgresivo», no entusiasma, sin embargo, a todo el mundo, pues ningún músico, nadie, es de consenso. Y si bien su armada de adeptos fue en aumento, contándose en los últimos años de vida del grupo por decenas de miles, había otra mucha gente a la que lo que Extremoduro decía y representaba le causaba un indisimulado rechazo, incluso espanto. ¿«Objetivo conseguido», pensarían ellos? Pudiera ser. Sí, tal vez.

Es obvio que si Robe hubiese querido alcanzar el éxito masivo antes y llegar a otro tipo de público, podría haberlo hecho suavizando algo su discurso —sus letras como proyectiles— y estandarizando su sonido. De haber sido así, Extremoduro no habría necesitado casi una década para obtener el refrendo de las mayorías y la atención de los medios.

Pero eso habría sido un error. Y una lástima.

El que resiste, vence. Y uno de los muchos aciertos de Extremoduro fue, justamente, permanecer fieles a sus raíces, a su naturaleza bizarra, a su modo de entender la música. Mantener una línea de coherencia y no haberse dejado sobornar por muy tentadoras que fueran las ofertas. ¿Pactar con el diablo? ¡Ja! Ellos eran el diablo. Años después, cuando ya estaban confortablemente instalados en la cima, dejaban patente esa firme incorruptibilidad:

«En nuestro caso no hay concesiones. Hacemos la música ante todo para nosotros, para que nos guste y nos ponga. No sabemos hacerlo de otra manera. Luego confiamos en que si a nosotros nos gusta de verdad es porque es bueno».

Mostrarse leales a unas señas de identidad no significaba en absoluto quedarse estancados y no evolucionar. De hecho, y a diferencia de otros muchos grupos que se apoltronan en los esquemas musicales que les han funcionado y que siguen repitiendo la misma canción, idéntica fórmula, disco tras disco, hasta la náusea, Extremoduro evidenció una mayor ambición: su sonido, en el que la conjunción de fuerzas de Iñaki (guitarra solista), Miguel (bajo), José Ignacio (batería) y Robe (guitarra rítmica y voz) fun-

cionaba con la precisión de un reloj suizo, progresó y mejoró de un modo notorio y gradual hasta el día de su extinción. Por cierto, se seguía hablando de Extremoduro como de un grupo extremeño, pero lo cierto es que durante sus mejores años, y dado que Uoho, Colino y Cantera son vascos, fue, por aplastante mayoría, vascoextremeño.

La llegada de Iñaki para quedarse tuvo mucho que ver con esa evolución, ya que sin su sensibilidad musical y su maestría en la ejecución de su instrumento, así como en los arreglos/mejora de los temas, sería imposible entender el salto cualitativo que Extremoduro dio en los últimos años. Lo que Robe hacía con las palabras, Iñaki, ayudado de aquel, lo hacía con la música, y eso los convertía en un tándem invencible: sus canciones nunca sonaron tan bien ni fueron tan buenas como a partir de la creación de esa sociedad.

Por su parte, tanto Colino como Cantera demostraron ser dos músicos eficacísimos, capaces de sostener la base rítmica de la banda, tan determinante, y darle a esta una mayor rotundidad y poderío en los directos. La voz de Robe y la voz de la guitarra de Uoho —pues de tan orgánico como es su sonido parece que esté viva— se habrían perdido sin remisión de no ser por tan sólidos cimientos. Por la seguridad que aportaban los otros dos miembros, que nunca fallaban.

Y luego estaban, claro, los textos. Unos textos que desde el momento en que el grupo se dio a conocer tenían la virtud de no parecerse en absoluto a cuanto se escribía en este país con la intención de ser cantado, y que nos hablaban —lo siguen haciendo: ahí están sus discos— de un ser, Robe, tan inspirado como prolijo. Pues su natural talento, sin la profusa labor de investigación, de afinación, de afán de superación y excelencia que experimentó a lo largo de las tres décadas que Extremoduro estuvo en activo, los últimos veintitrés años junto a Iñaki, habría tocado fondo mucho tiempo antes de la extinción del grupo, y no fue así.

También es cierto que a todo escritor de fuste cumplir años lo rejuvenece. La visión de la vida, más visceral en la juventud, se va tornando más reposada, y ese sosiego permite dar con matices

que antes, debido a la velocidad y al ímpetu con los que se acometía un escrito, pasaban inadvertidos.

Seguían estando intactas las mismas obsesiones, idéntico «territorio mítico», del cual hablaré más adelante, pero Robe, en su última etapa al frente de Extremoduro, era más sabio y, sobre todo, mejor escritor.

Solo hay que comparar las letras de sus primeros discos con las de los últimos, pues si aquellas eran buenas, estas son directamente sobresalientes, como atestigua este fragmento de ese logrado ejercicio de nudismo que es «Si te vas...», una canción que al poco de nacer se convirtió en un clásico del grupo:

*Ojalá que me despierte
y no busque razones.
Ojalá que empezara de cero
y poderle decir que he pasado la vida
sin saber que la espero.*

Roberto Iniesta ha conseguido en muchas ocasiones lo que todo poeta ansía lograr al menos una vez en la vida: alcanzar la belleza con los mínimos elementos. Conmover mediante el ejercicio de verbalizar lo que uno piensa —no solo con la cabeza, sino también con el estómago, y aún más abajo, con las ingles— cuando siente/sabe que su amor peligra y que su vida va a ser tomada por las sombras.

A lo largo de su ya dilatada trayectoria como letrista, para emocionar se ha servido de un lenguaje dotado de guadaña y seda en el que las expresiones obscenas, esas que nadie, o casi nadie, emplea, en vez de chirriar y malograr la canción, de arruinarla sin remedio, encuentran, increíblemente, su justo acomodo.

Nunca antes, insisto, no, desde luego, de un modo tan radical y continuado, tan extendido, palabras atroces, proscritas hasta entonces en una canción, se mezclaron con los sentimientos que pueblan el universo de todo poeta, como la soledad, el desamor y el vértigo de la existencia. Iniesta, dueño de una lírica personálísima, emocionante por su armazón de sensibilidad y furia, culti-

vaba en su jardín imaginario rosas que tenían tres espinas por pétalo, y encontró la manera de anudar aquel lenguaje de napalm al trueno amigo de las guitarras eléctricas. Y en vez de causar espanto, aquellos textos de fuego, purísima lava, brutalísimos, pronto hallaron consumidores que se convirtieron en adictos. En apóstoles.